

Gral. Brig. M. C. Rafael García Carrizosa[†] (1923-2003)

Gral. de Bgda. M.C. Ret. Tomás Gómez Maganda y Silva*

Cuando lo conocí corría el año de 1950. La situación era dramática: en el interior del cuartucho de la vecindad, con los ojos desorbitados, rojos y amarillos a un tiempo, las ropas y el cuerpo manchados con la negrura del pestilente vómito, el hombre aullaba presa de un infame ataque de delirio; mientras con ambas manos se golpeaba el monstruoso abdomen pronto a estallar por el líquido retenido en el interior. En las sábanas revueltas se mezclaban en desorden las negras manchas de la melena con las rojas de la hematemesis reciente y las amarillas de la coluria.

Afuera, por el patio de la vecindad cruzaba un joven médico, con su negro maletín cargado más con esperanzas que con remedios para mejorar la situación. Entró en la habitación, y su voz, pausada y tranquila y su paciencia infinita fueron aplacando el acceso de furia y sirvieron de sedante a ese ser que sufría. Al final de la entrevista logró lo que nadie había conseguido, convencerlo de la imperiosa necesidad de recluirse en un sanatorio para que pudiera iniciarse el tratamiento de las complicaciones hepáticas que había ocasionado el alcoholismo inveterado. La obediencia del enfermo al médico trajo la paz a la desesperanza de esa familia. Yo no me había equivocado al elegir al médico que atendería a mi padre.

El médico del maletín había nacido 27 años antes en Tlaxiaco, Oaxaca. Relataba Rafael: “mi padre fue campesino hasta los 23 años y mi madre analfabeta que aprendió a leer después del matrimonio”.¹ “En 1936, llegó a la ciudad de Oaxaca, procedente de la mixteca, de Tlaxiaco, un chiquillo de 13 años a estudiar la secundaria en el entonces Instituto de Ciencias y Artes del Estado”² y la preparatoria en Puebla; había sufragado parte de sus estudios con becas obtenidas como premio a su aprovechamiento y trabajado como inspector de librerías y pollerías como empleado de la Secretaría de Salubridad. Más tarde, ya maduro, había de confesarme que tres eran las profesiones que le hubiera gustado desempeñar por la elevación de las metas y por la oportunidad que brindan de ayudar al resto de la sociedad: la de sacerdote, la de médico y la de maestro. Por vocación escogió la segunda y por necesidad la de médico militar; la tercera vendría en consecuencia. “Aquel chiquillo se hizo hombre y se hizo médico gracias a una institución del gobierno de la República, la Escuela Médico Militar”.² Así cursó sus estudios en la vieja escuela del Cacahuatal.

Se graduó en 1946, como miembro de una brillante generación, “en la cual brillarían: Gustavo Gordillo Paniagua, en la nefrología; Jesús Kumate Rodríguez, en la bioquímica, en la infectología, en la investigación y posteriormente Secretario de Salud; Jorge Velasco, en la psiquiatría; Raúl Fernández Doblado, en la ginecobstetricia; Edmundo Calva, dedicado al laboratorio; Francisco Millán, cirujano oncólogo”.³

Por aquellos años se iniciaba el internado rotatorio en el Hospital Central Militar y a su generación le cupo el honor de ser la primera en efectuarlo. Su destacada actuación le valió la promoción a residente en medicina interna y luego a la ansiada Jefatura de Residentes, convirtiéndose así en el primer médico militar que efectuaba la carrera hospitalaria de cuatro años.

Así lo conocí, yo era entonces un estudiante de tercer año y me faltaba uno para dirigirme a él con el título con el que me dirijo desde entonces: el de maestro. Fue un residente fuera de serie. Estudioso como pocos, llegó a compenetrarse profundamente de los problemas médicos de todas las áreas: hematología, nutrición, endocrinología, nefrología, etc., pero desde siempre mostró un profundo cariño e interés por la gastroenterología y mucho de su aprendizaje lo obtuvo al lado de mi inolvidable maestro Don Enrique Peña y de la Peña. Con él fue adentrándose en el arte del interrogatorio y de la exploración cuidadosa de los pacientes y, para no depender de terceros, montó en su sala un rudimentario laboratorio, en donde mientras otros tomaban café o descansaban, él determinaba bilirrubinas con un fotolorímetro elemental, se quemaba los labios con la sosa al evaluar las cifras de acidez del jugo gástrico, o intentaba estudiar algunas acciones de las enzimas pancreáticas, o se pasaba largas horas en el microscopio persiguiendo amibas y giardias y cristales de colesterol, o bajaba a Patología a presenciar las autopsias y a estudiar y discutir las laminillas de las biopsias. Su otro refugio era la biblioteca en donde leía y leía tolerando las bromas de sus compañeros que no lo bajaban de “ratón de biblioteca”.

Pero él sabía lo que hacía. Él sabía que estaba cimentando con paciencia, pero con seguridad, los fundamentos clínicos, técnicos, científicos y de investigación, que después aplicaría en la cirugía, de la cual afirmaba, haciendo suyas las palabras de Paul Valéry, que “es el arte que frente a la llaga que causa la muerte se atrevió a practicar y profundizar

* Profesor Emérito de la Escuela Médico Militar. Profesor Titular *Cum Laude* de Nosología y Clínica de Gastroenterología. Escuela Médico Militar.

la llaga que salva la vida".⁴ Porque de pronto el supuesto internista inició un giro lento, pero radical. Aparecía en el quirófano con funciones de hombre-valva: sólo por ver, sólo por tocar, sólo por confirmar un diagnóstico sospechado en la clínica. Después cortar algunos hilos, más tarde una segunda ayudantía, luego una primera y así hasta que de pronto aparece como cirujano, cada vez más enterado, cada vez más hábil, hasta llegar, muchos años después, a la ejecución de técnicas más complicadas. En su época de residente nadie lo hubiera imaginado ejecutando derivaciones portosistémicas y operaciones de Whipple.

Y es entonces cuando se siente, se sabe, gastroenterólogo; un gastroenterólogo como él concibe que debe ser: un médico internista y clínico muy entrenado, capaz de resolver cualquier problema que aqueje al paciente gastroenterológico; capaz lo mismo de escribir una fórmula magistral, pero también capaz de empuñar un bisturí si así se requiere.

En su momento ingresó a la Asociación Mexicana de Gastroenterología, en donde presentó múltiples trabajos de investigación y desarrolló una activa labor de organización, actividades que rápidamente lo llevaron a destacar entre sus miembros más distinguidos y después de ocupar varios puestos en diferentes mesas directivas llegó a ser su Presidente en el año de 1978. Por méritos propios indiscutibles ingresó a la Academia Mexicana de Cirugía, a la que consideraba "en cuanto a sus miembros, constituida por los mejores que se dedican a la ciencia por el amor a la ciencia misma, y en cuanto a institución, como corporación al servicio de México, cuyo pueblo, tan lleno de carencias, está tan urgido de salud".⁵ En la Academia desarrolló una brillante actuación que lo llevó a la Presidencia de la misma en el bienio 1980-1981 y fue el impulsor de la cirugía extramuros de la Academia que más tarde se convirtió en las Convivencias Quirúrgicas, en las que, por una parte, los más notables cirujanos del país van a realizar tratamiento quirúrgico a los más necesitados al tiempo que capacitan y actualizan a los cirujanos que laboran en zonas marginadas y no tienen oportunidad de acudir a otros sitios de capacitación.

Desde su época de residente ya ocupaba un sitio como profesor de la Nosología y la Clínica del Aparato Digestivo en la Escuela Médico Militar; al principio como profesor ayudante, después como profesor adscrito, finalmente como profesor titular. Desde entonces, y durante cerca de cuarenta años, desempeñó su actuación magisterial cumpliendo así con la segunda de las profesiones que consideraba más elevadas, la de maestro. En 1972 se desempeñaba como Subdirector Jefe de Estudios de la Escuela Médico Militar y afirmaba que "en cuanto a objetivos finales, universales, de la educación médica, está en primer lugar la necesidad de mantener, reforzar y ampliar la base científica de la medicina; un segundo objetivo es desarrollar en el estudiante el respeto al valor, autoestima y dignidad de la persona humana y un tercer objetivo es el darle a la enseñanza de la medicina un sentido de servicio comunitario".⁶ Como reconocimiento a

su labor docente la Escuela Médico Militar lo declaró Profesor Emérito.

Dada su innegable experiencia y capacidad de organización fue llamado a ocupar varios puestos directivos en el Hospital Central Militar, llegó a ser Jefe de Sala y después Jefe del Servicio de Gastroenterología, trabajó en el Servicio Técnico del Hospital y fue Jefe de Enseñanza del mismo, por lo cual, cuando ocurrió su retiro, se le rindió un homenaje por su actuación. Como militar llegó a escalar la jerarquía hasta el grado de General Brigadier y recibió múltiples condecoraciones en honra a sus méritos.

Dedicó gran parte de su vida a redactar artículos científicos que fueron publicados en diferentes revistas nacionales y extranjeras. Sobrepasa el centenar el número de sus colaboraciones como profesor invitado, conferenciante y coordinador de cursos, congresos, simposios y reuniones científicas en los principales hospitales de la República Mexicana y algunos del extranjero, contribuyendo así a la divulgación de la realidad médica gastroenterológica del país.

Un hombre que como él vivió todas las facetas del quehacer profesional, adquirió una visión panorámica que le acreditó el derecho y la autoridad suficientes para aconsejar, recomendar y modelar la personalidad deontológica de sus alumnos, a los que les decía: "Ustedes han escogido la más fascinante y dinámica de las profesiones. Pero nuestra profesión es la única que todavía habla de deberes en este mundo en que casi todos hablan sólo de sus derechos. Un ideal de servicio impregna nuestras actividades, especialmente para con el paciente. Vuestra vida, vuestro trabajo y vuestra personalidad de médicos deben ser tales que el ideal que os habéis formado de vosotros mismos sea llenado con brillantes realizaciones".³ Recomendaba siempre el respeto irrestricto a la dignidad del hombre, benevolencia y cariño para el ser que sufre, respeto a las ideas y conducta de los demás médicos, lealtad y servicio infatigable a las instituciones de salud y evitar siempre el afán de lucro a costa del dolor ajeno.

Su transcurrir por la vida, en contacto permanente con personas de todos los niveles, el ejercicio de la profesión en lo asistencial y en lo docente lo motivaron y obligaron a allegarse un conocimiento profundo de los aspectos culturales como la historia, la literatura, la tecnología y el desarrollo del pensamiento filosófico del hombre y por eso muchas de sus últimas intervenciones se refirieron a los aspectos profundos de la filosofía de la medicina.

La vida me brindó el privilegio de convivir con él durante más de cincuenta años. Supe de muchas de las vicisitudes personales y familiares que tuvo que sortear para desarrollar tan brillante carrera profesional, colaboró conmigo en la redacción del primer texto de Gastroenterología para Médicos Generales; juntos elaboramos varios trabajos médicos en colaboración; juntos realizamos incontables intervenciones quirúrgicas ayudándonos mutuamente en el Hospital Central Militar y en lo privado.

Hombre de carácter recio, supo sobreponerse siempre a golpes que para hombres sin su temple hubieran resulta-

do demolidores y aniquilantes, más siempre supo sacar fuerza del infortunio para seguir llevando una vida digna, honrada y productiva. Pero también conoció momentos inolvidables que tuvieron su origen en el amor. El amor de Lala, de Tzinnea, de Rafael y de Dyna. En alguna ocasión expresó su concepción del amor: “Lo he buscado, primero, porque proporciona el éxtasis, un éxtasis tan grande que si se me hubiera propuesto, gustosamente habría cambiado los años que me quedan de vida por un número igual pero en horas, de tan inefable gozo; segundo, he buscado el amor porque alivia la soledad, esa soledad en que una conciencia trémula se asoma al borde del abismo de la nada, y tercero, he buscado el amor porque reproduce en una miniatura maravillosa, la visión de los cielos que han concebido los poetas y los santos. Gracias, María, por el gran amor que me has dado”.¹

¿Fue entonces un hombre perfecto? No, indiscutiblemente que no. Fue sólo un hombre, y como tal, con muchos defectos que él conoció, pero que siempre intentó superar. Un hombre que aceptaba la crítica y la discrepancia cuando se ejercían con fundamentos sólidos y se discutían en un plano elevado. Un hombre que a lo largo de su vida supo cultivar la virtud de la amistad, que como dice el Dr. Francisco Esquivel Rodríguez “hace al que es bueno mejor”.

Tal vez en alguna ocasión pronunció con melancolía aquellos versos del príncipe filósofo de Texcoco:

¿Se irá tan sólo mi corazón,
como las flores que fueron pereciendo?
¿Cómo lo hará mi corazón?
¡Al menos flores, al menos cantos!

Flores y cantos que yo dedico con agradecimiento infinito al médico, con mi respeto permanente y profundo al maestro, con mi admiración al hombre y mi cariño y lealtad al amigo.

La medicina militar y la gastroenterología mexicanas están de luto.

Referencias

1. García Carrizosa R. Presentación del libro del Dr. Santiago Mar Zúñiga: “El ángel de la felicidad. El arte de ser feliz”; 1997.
2. García Carrizosa R. Discurso de inauguración de la Semana Quirúrgica Nacional; 1980.
3. García Carrizosa R. A la juventud médico militar; 1971.
4. García Carrizosa R. Discurso del Presidente de la Academia Mexicana de Cirugía; 1980.
5. García Carrizosa R. Discurso a la Academia; 1967.
6. García Carrizosa R. La enseñanza de la medicina en la Escuela Médico Militar. Jornadas Médico Militares; 1972.